



El crimen de la Hipotenusa



COLECCIÓN PLANETA ROJO

© del texto, Emili Teixidor, 2003
© de las ilustraciones, Fran Bravo, 2003

Diseño de colección:
María de los Ángeles Vargas T.

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2017
Av. Andrés Bello 2115, piso 8,
Providencia, Santiago de Chile.
www.planetalector.cl
www.planetadelibros.cl

Ninguna parte de esta
publicación, incluido el diseño
de la portada, puede ser
reproducida, almacenada o
transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, sin permiso
previo por escrito del editor.

Segunda edición en Chile | enero 2018
ISBN | 978-956-360-085-8

Impreso en China / *Printed in China*

**El libro original protege el
trabajo del autor, diseñador y
del equipo editorial. Comprar
el original es respetar ese
trabajo. No fomentes el delito
de la piratería.**

El crimen de la Hipotenusa

EMILI TEIXIDOR

Ilustraciones de Fran Bravo

 **Planetalector**
Literatura Infantil y Juvenil

El cronista

Cuando llegué a la escuela aquella mañana tenía el corazón encogido, y no por culpa de los primeros fríos que habían llegado a la ciudad aquella noche. Todo el mundo había desenterrado los abrigos, las cazadoras y las bufandas del fondo de los armarios, y andaba de prisa, como empujado por el viento helado. Pero yo sabía que mis temblores no eran de frío, sino de miedo.

El miedo a enfrentarme con el jaleo que provocaría en el colegio el asesinato de la Hipotenusa. La Hipotenusa, con mayúscula de nombre propio.

Es decir, no de nombre propio. De apodo propio, o sea, de sobrenombre de persona. La Hipotenusa. La señorita Cinta Olius, alias la Hipotenusa, profesora de matemáticas de nuestro curso. Asesinada aquella misma noche.

Los compañeros de cursos superiores la llamaban también la Cinta de Moebius, pero daba lo mismo: ninguno de sus malos nombres la había salvado del sacrificio, suponiendo que todo hubiera salido como estaba previsto.

El desorden, la alarma y el desconcierto que produciría la noticia, el notición, si corría la voz por el colegio,

sólo serían comparables al estallido de su resurrección. Porque una mujer con un carácter tan fuerte como el de aquella profesora, que se jactaba de mantener a sus alumnos tiesos como reclutas y de no dejar que pasaran de curso ni una parte infinitesimal de estudiantes que no hubieran sudado todos los números, incluso los números imaginarios, seguro que no se quedaría quieta y tranquila en su tumba para siempre jamás.

Es decir, no se encontraba todavía en la tumba. Debía de hallarse en el lugar donde la habían dejado los asesinos, hasta que la policía o la autoridad correspondiente dispusiera lo que ordenan las leyes para esos casos.

¡Uf, tremendo trabajo!

Me parecía verla, menuda y nerviosa como una ratita, un manojito de nervios, los ojos azul pálido, muy hermosos tras unas gafas enormes de estudiante aplicada que aumentaban su hermosura, unos ojos que iluminaban una cara pálida y avispada de ardilla sabia; la nariz respingona, la boca siempre con una mueca de disgusto, el cabello estirado hacia atrás y recogido en la nuca con un lacito del color de los ojos, dos hoyuelos en las mejillas, siempre vestida de gris, siempre con su enorme mochila de repartidor de correos repleta de libros y papeles, y los zapatos de tacón alto para ganar unos centímetros... Y siempre con los nombres de Pitágoras, Arquímedes, Euclides, Cantor... en la boca. ¡Y

Tales de Mileto, claro! ¡Faltaría más! ¡Imposible olvidarse del insigne Tales de Mileto! ¡Pobre Hipotenusa inocente!

La mayor parte de los apodos de los profesores se transmiten de curso en curso desde la prehistoria del colegio. Eso, aquellos que lo tienen. No todos los profesores gozan de ese privilegio, ventaja o prerrogativa. Ese truco de los sinónimos me da siempre muy buenos resultados en los ejercicios de lengua. Se sitúan estratégicamente de tres en tres a lo largo de la redacción y la nota sube como pompa de jabón; una buena ensalada de beneficios, prebendas, gangas y preferencias, las palabras cuanto más cultas mejor, y el profesor queda tan feliz que da gusto. Y como la autoridad judicial me ha nombrado cronista oficial del caso del crimen de la Hipotenusa, pienso recrearme en la merced, el favor y el permiso de utilizar tantos sinónimos y cultismos que huelan a latín como las ocasiones me permitan.

Hablábamos de los apodos de los profesores que se arrastraban desde la prehistoria. Aunque la Hipotenusa pertenecía a la Edad Moderna, o incluso a la Contemporánea. Llevaba varios cursos en el colegio, pero se conservaba joven y soltera. Los rigurosamente contemporáneos, acabados de llegar, no gozaban de categoría suficiente para ser merecedores de apodo. Un apodo era como el título de nobleza que llevan los reyes: Pedro el Cruel, Juana la Loca, Jaime el Conquistador... O bien que los reyes otorgan a los súbditos distinguidos y con méri-

tos suficientes: Guzmán el Bueno, el Gran Capitán... Era una prueba de familiaridad que los alumnos concedían a los maestros más populares, queridos o sabios.

El nombre de la Hipotenusa le cayó a la señorita Cinta Olius por diversas razones. Una era que el profesor ayudante de mates, que la sustituía en las clases cuando ella no podía venir, era un latazo tan fenomenal que lo conocíamos entre nosotros, sin categoría de título oficial, como el Cateto. Otra razón era que ella solita elevada al cuadrado valía tanto o más que el cuadrado de sus cate-tos. Otra era que su carácter directo, decidido y audaz le daba semejanza a la flecha de la hipotenusa. Otra, que sonaba como un insulto. Otra...

Pero no nos alarguemos innecesariamente en detalles de lo que no es de ninguna manera el o la protagonista del caso. Dejemos que los cadáveres descansen en paz. Que los muertos entierren a sus muertos...

Los verdaderos protagonistas de la historia, o de la crónica si quieren, son los criminales. Los asesinos. O mejor, el involuntario provocador del asesinato. El causante inconsciente, que a su vez era la víctima...

Bien. Y todos los implicados en el misterioso crimen, aquella mañana fría, con el cielo de nieve y el aire de Siberia, no tardarían mucho en llegar al colegio.

La primera clase de la mañana

En la escalera de la puerta principal había dos o tres grupos de compañeros, chicos y chicas, que me pareció que comentaban el suceso por las palabras que cacé al vuelo mientras subía: «... es un misterio...»; «... la policía en el colegio...»; «... una profesora...»; «... esta noche han robado los exámenes...»; «... un interrogatorio...».

—¡Andrés! —me llamó un conocido del curso superior—. ¿Sabes...?

Pero se quedó con las palabras en la boca, porque yo seguí hacia arriba, sin detenerme, saludándolo con la mano. Lo que nos temíamos —pensé— ya ha sucedido. Queríamos llevar el caso con gran discreción, y todo el colegio empezaba a hervir con los rumores. La Dirección echaría fuego por la boca, porque había recomendado sobre todas las cosas: discreción, discreción y discreción. Pero la Dirección vivía en las nubes si creía que en aquel colegio, o en cualquier otro, los jóvenes no olían los secretos a muchos kilómetros de distancia.

En cuanto puse los pies en el vestíbulo, dos tipos altos y fuertes, con gabardina y sombrero, como si se hubieran disfrazado de policías de película, me cerraron el paso.



—¿Tu nombre? —me preguntó el más alto, que también era el más joven.

—Andrés Tal y Cual.

—¿Curso?

—Tal.

El bajito consultó una libretita que tenía en la mano, en la cual sospeché que buscaba mi nombre. Sin duda, lo encontró entre los de la lista negra, porque el individuo alto me puso la mano en el hombro para apartarme del corredor que conducía directamente a las aulas de la planta baja y me acompañó hasta la puerta de la biblioteca, situada en el lateral izquierdo de la puerta principal.

—Entra —me ordenó—, y espera aquí dentro.

Dentro estaban dos chicos y una chica que debían de haber llegado antes que yo, y otro personaje con gabardina y aspecto de policía. Al entrar, me quedé un momento parado, sin saber qué hacer. Los tres compañeros, Román, Carlota y Nico, estaban sentados a la gran mesa central, formada por la conjunción de ocho o diez mesas de lectura normales, los tres muy separados y con un libro abierto delante, como si estuvieran cumpliendo un castigo. El tío de la gabardina estaba de pie frente a uno de los armarios repletos de libros, y era evidente que ejercía las funciones de vigilante o, mejor dicho, de centinela o carcelero. Todos nos miramos con ojos interrogantes, algo asustados los de los amigos, y los del hombre, con cierta frialdad profesional.

—Siéntate aquí. —El centinela me indicó una silla delante de él, lejos de los otros detenidos—. Estudia y calla.

—¿Qué ocurre...? —empecé yo, sin saber claramente si debía hacer aquella pregunta. Las miradas desanimadas de los condiscípulos me demostraron que habría sido mejor que no hubiera abierto la boca.

—De momento, siéntate y calla.

—Es que... nos perderemos la primera clase de la mañana, que empieza dentro de unos minutos... —volví a pelear yo, como si me importara mucho saltarme una clase.

—¡Ésta es la primera clase de la mañana! —replicó el policía—. ¡Y a lo mejor resulta la última!

A callar, silencio y se acabó. Me senté en la silla indicada y, al sacar un libro cualquiera de la mochila para fingir que estudiaba un rato, apareció, como un negro presagio o una triste casualidad, el texto de matemáticas.

Una reunión de acusados

De manera —pensé, simulando que me sumergía en las páginas indigestas del libro—, de manera que aquí, en la biblioteca, han reunido a los acusados, aquí han concentrado a los sospechosos. O sea que se trata de una reunión de acusados. La frase me recordaba algo, quizá el título de una novela policíaca, o alguna película del género negro pasada por la tele. Una reunión de acusados.

Fuera de la biblioteca, por todo el edificio del colegio, los ruidos familiares de carreras por las escaleras y los corredores, los timbres que llamaban al comienzo de las clases, los gritos de los atrasados, las prisas de los profesores, las peleas de los matones... indicaban que la jornada escolar empezaba como todas las mañanas. Como todas las mañanas, no. La clase de matemáticas la daría el pobre suplente, el Cateto, que quizá hoy, por vez primera en su carrera académica, conseguiría que los alumnos escucharan sus explicaciones con atención, impresionados por los rumores que corrían sobre la suerte de la señorita Cinta Olius. ¿Cómo les explicarían la ausencia de la Hipotenusa? ¿Quién lo haría...?

La puerta de la biblioteca se abrió, y el policía alto introdujo a María Vilar, con abrigo, bufanda, guantes y un sombrerito de lana, como si se hubiera vestido para ir a esquiar.

Como en mi caso, el vigilante-carcelero-centinela le señaló un sitio en la mesa central, suficientemente alejado de los demás acusados, cuatro exactamente incluyéndome a mí; y María, sin dejar de mirarnos con los ojos vivos, se quitó de encima las ropas de abrigo y después se sentó y sacó un par de libros de la mochila para representar la comedia de que repasaba la materia.

María Vilar o María la Roja, como la llamábamos, era pelirroja y de piel roja como un demonio; mejor dicho, como una diablesa, ya que María era una declarada y descarada defensora de los derechos de las mujeres que se indignaría hasta el punto más alto si llegara a saber que demonios sólo pueden serlo los hombres; las mujeres sólo pueden aspirar a diablesas, y gracias. Ella llamaría a eso gramática o lenguaje machista y discriminatorio. Era la acusada número cinco.

El número uno podría ser yo. El segundo, sentado frente a mí, era Nico Ferrer, el atleta del curso, un futuro campeón de gimnasia y natación, con unos puños —que ahora tenía en las sienes sujetándose la cabeza negra y rizada—, de potencia a prueba de acero. Nico Ferrer, alias el Deltoide, era la fuerza con un corazón de angelito.

El tercer acusado, sentado al otro extremo de la mesa, podría ser Román Veira, el niño bonito oficial del curso, un guapetón apreciado por todos... Román Veira, por quien suspiran todas las niñas, el Adonis o el Narciso... en fin, un tipo bien parecido, aunque algo tímido y embarullado, de manera que la gente del curso lo interrumpía cuando intentaba explicar algo diciéndole que todo quedaba más claro si callaba. Tan embarullado como el retrato que estoy intentando hacer de él. Conocido también como Rodolfo Violentino, y no es necesario añadir que el apodo se lo colgaron las compañeras (¡ay!, las chicas) tras una charla sobre el lenguaje del cine en la que el conferenciante o charlista nos contó que Rodolfo Valentino las mataba sólo con una sonrisa tímida o con una caída de ojos, exactamente igual que Román. Y como el hombre podía también mostrarse violento cuando se enfadaba, con brotes de violencia exagerados e imprevisibles, como parece que sacuden a los tímidos, el apellido de Violentino le quedaba como anillo al dedo.

Y la cuarta sospechosa: Carlota Torrente, una chica con todas las cualidades: hermosa, inteligente, simpática, buena amiga, noble... o sea, una joya, y por eso la llamamos la Verduguilla, porque verduguillo es un aro o joya para la oreja, un pendiente, y en otro sentido era la verduga que hacía sufrir a sus admiradores, y así la palabra tenía para nosotros dos sentidos, el de joya auténtica y el de verdugo implacable y cruel. Sólo la llamábamos así

cuando ella no estaba presente, porque de lo contrario se enfadaba y se ponía roja como un tomate. Y porque, la verdad, la gracia de un apodo es que pique un poquito, y llamar a alguien joya o verdugo, en el sentido de belleza que hace sufrir, es más un elogio que un mal nombre. Pero es que Carlota no tenía defectos. Los chicos la mirábamos un poco a distancia porque siempre sacaba las notas más altas en todo... excepto en matemáticas. El curso anterior, Verduguilla se quedó, sorprendentemente, suspendida en matemáticas. Se hundió como el *Titanic*, como si la materia hubiera perdido todo interés a sus ojos. La materia... o la profesora. Quizá la policía, en sus interrogatorios, descubriría la causa del espectacular fracaso. Y quizá también llegara a descubrirle algún defecto oculto, alguna tara secreta, a aquella joya tan brillante.

Cinco acusados. Según mis cálculos, todavía faltaban dos más. Siete en total. Íbamos mal en matemáticas, pero sumar cinco más dos, hasta eso sí llegábamos.

Los otros dos

El número seis no tardó en llegar. Mejor dicho, la número seis, porque la persona recién llegada, ligeramente atrasada, era Salud Mir, la Pitufa.

Como ya era difícil encontrar una silla separada de las demás, el vigilante-centinela-carcelero (abreviado, Vicencar, como vamos a llamarlo desde ahora) hizo la vista gorda y no dijo nada cuando Salud, con su buen humor, su tranquilidad y su parsimonia de siempre, que utilizaba como sus armas más eficaces, se colocó a poca distancia de María Roja, e incluso disimuló, como si no se diera cuenta, cuando tras unos minutos de seriedad, las dos compañeras se acercaron más e inclinaron las cabezas para cuchichear o cuando se escribieron papeletos y sofocaron las risas, algo nerviosas, para matar la preocupación.

Salud Mir era pequeñita y gordinflona, como un trompo, y muy simpática. Siempre tenía alguna cosa graciosa que contar. Todos buscaban su compañía, chicos y chicas. Era normal que la llamáramos la Pitufa, pero casi nunca se lo decíamos, porque todo el mundo apreciaba su humor inalterable. Además, si a alguno se



le escapaba y la llamaba Pitufa, ella era la primera en reírse, y así ya no tenía interés.

Salud tenía la suerte de no encontrar ningún defecto en nada ni en nadie, todo el mundo le caía bien, incluso la señorita Cinta Olius, que no se cansaba de vigilarla en todas las evaluaciones. La Pitufa tenía tan buen talante que, cuando la profesora de matemáticas preguntó un día si había en la clase un voluntario para ir a su casa a ayudarla (¡pagando!) a ordenar los libros de su biblioteca, Salud se apuntó entusiasmada, pensando que de esa manera tenía la nota asegurada a fin de curso. Y cuando comprobó que no lograba pasar ni a fuerza de clasificar libros, en vez de desanimarse y plantar a la Hipotenusa, se reenganchó para trabajar de jardinera por unos pocos pesos en el jardín de la casita de cuatro inquilinos —ella vivía en la planta baja— donde se había trasladado hacía poco tiempo con la biblioteca desordenada. Pero el cambio de bibliotecaria a jardinera no mejoró sensiblemente el rendimiento en matemáticas, y es que la Hipotenusa era insensible. Tenía el corazón de piedra. O de hielo. Mejor dicho, toda ella no era más que un computador frío e impersonal.

Ocurría que los siete acusados éramos todos muy malos en matemáticas. Era un rasgo común en el grupo, el único lazo que nos unía. Nos desenvolvíamos mejor en letras, dibujo, deporte, sociales... Por ejemplo, yo pasaba por ser el más imaginativo del grupo. Carlota Verduguilla